



DESARME
Y PAZ
GLOBAL



El mormullo

Apostólicas del
Corazón de Jesús

Nº 10. Mayo 2026.

La seguridad no debe definirse en base a las fronteras, sino a las posibilidades de desarrollo humano de cada persona

En este contexto actual de guerras y violación de los Derechos Humanos y del Derecho Internacional, este número 10 de **"El Murmullo"** ofrece unas pequeñas pistas de reflexión, en un tiempo marcado por la creciente militarización, el rearme, las guerras, la violencia... la reconfiguración geopolítica, crisis eco social y conflictos abiertos (EEUU-Irán, Palestina, Israel, Ucrania, República Democrática del Congo, Ruanda, Nigeria...) que nos obligan a pararnos y a rechazar las estructuras que perpetúan la violencia y la desigualdad, especialmente aquellas que buscan el poder y el control a través de las armas. La proliferación de armas, especialmente las convencionales, alimentan los conflictos, destruye vidas y obstaculizan el desarrollo sostenible.



El desarme y la paz global son pilares fundamentales para combatir la pobreza y la desigualdad estructural. Un desarme que como nos recuerda León XIV empiece en el corazón y se traduzca en diplomacia, justicia social y derecho internacional.

El Papa denuncia la lógica del miedo, el rearme y la economía de la guerra, y apela a una responsabilidad personal y colectiva para construir la paz, desde la confianza, el diálogo y el desarme y propone una senda concreta: *"Creer que la paz es real, custodiarla como un bien ya presente y traducirla en decisiones personales, sociales e internacionales que abran caminos de esperanza compartida"*.

Pero frente a esta lógica del miedo y de la denuncia, encontramos pueblos y colectivos, que se organizan, y les hacen frente a los poderosos del mundo, comprometiendo sus cuerpos, sus vidas y siguen trabajando por una paz sin "vencedores ni vencidos". En este nuevo orden mundial, que "da la espalda a la justicia racial, de género y climática" y, además, "se mofa de ellas", que trata a la sociedad civil como un enemigo común y rechaza la solidaridad internacional. ¿Qué nos queda? ¿Cuál es la alternativa?

"Defender la esperanza frente a tanta ceniza y organizarnos juntas/os, desde abajo, entrelazando luchas y modos de vida", como nos recuerda Koldobi Velasco ■

Apostólicas del
Corazón de Jesús

www.apostolicas.org

Círculo de comunicación

Rosa Cuba,
Concepción Mejía,
Cecilia Prudencio,
Vero Hernández,
Teodora Arranz.

Colaboran en este número

Luis Rubén Díaz Cepeda (México)
Gregorio Carbonel Valdivia (Perú)
Patricia Carmona (El Salvador)
Koldobi Velasco Vázquez (España)

Síguenos en:





Ayer y hoy

La paz sin vencedores ni vencidos

▲ Cecilia Prudencio (ACJ).

La humanidad vive un tiempo de encrucijada. El mundo está que arde, la guerra y la violencia parecen ser los mecanismos “ciertos” para construir la “PAZ”, así nos los quieren hacer creer a través de los discursos de odio, que se transmiten por los medios de comunicación social y las redes. La violencia es justificada en nombre del Desarrollo de los pueblos (sólo como un ejemplo podemos nombrar a Venezuela) y entonces todo vale, los derechos individuales y colectivos se tiran a la basura y en ello se pisotea la dignidad de cada persona, de cada pueblo; se pretende borrar de la historia la memoria colectiva de los pueblos que, en silencio y desde abajo han ido soñando y construyendo un mundo más humano, más fraterno. Sabemos que esta situación es provocada por los poderosos de este mundo, un poder que se materializa en políticas públicas en contra de la vida, en una economía de mercado carente de toda ética, un racismo descarado y unas prácticas “defensoras de lo humano” que ponen en riesgo la sostenibilidad del planeta. Todo esto evidencia el gran desprecio por la vida y justifica la narrativa que existen *unas vidas que valen más que otras*.

Nos decía Francisco en la Fratelli Tutti 231 (...) Hay una “arquitectura” de la paz, donde intervienen las diversas instituciones de la sociedad, cada una desde su competencia, pero hay también una “artesanía” de la paz que nos involucra a todos. A partir de diversos procesos de paz que se desarrollaron en distintos lugares del mundo

«hemos aprendido que estos caminos de pacificación, de primacía de la razón sobre la venganza, de delicada armonía entre la política y el derecho, no pueden obviar los procesos de la gente. No se alcanzan con el diseño de marcos normativos y arreglos institucionales entre grupos políticos o económicos de buena voluntad. [...] Además, siempre es rico incorporar en nuestros procesos de paz la experiencia de sectores que, en muchas ocasiones, han sido invisibilizados, para que sean precisamente las comunidades quienes colorean los procesos de memoria colectiva».

En este contexto es que urge la llamada al desarme y a la Paz. Un desarme que comience en las mentes, en nombrar las violencias que nos habitan para despojarnos de ellas. Hemos normalizado la violencia a todos los niveles, estamos apertrechados con armaduras que nos hacen cada vez más, perder la posibilidad del encuentro real con el otro/a. Un desarme que se tiene que expresar con voz clara en un NO A TODA GUERRA y esto se concreta en decisiones políticas. Tenemos ejemplos de este desarme y ésta llamada a la paz en las luchas organizadas de los pueblos, de los colectivos, de la gente sencilla que resiste de forma pacífica, creativa y resiliente a tanta violencia. Pueblos, gentes que le hacen frente a los poderosos del mundo comprometiendo sus cuerpos, sus vidas y que siguen trabajando por una *“paz sin vencedores ni vencidos”* tal como nos decía Sophia de Mello Breyner Andresen ■



Paz y desarme global

“El interés de las guerras es el aumento del capital, no el beneficio de los pueblos”.



¿Quién es Luis Díaz?

Es Profesor-investigador de Tiempo Completo. Departamento de Humanidades. Universidad Autónoma de Ciudad Juárez (UACJ).

Luis Rubén Díaz Cepeda, México.

Desde Tapachula, en la frontera sur de México; una ciudad en la que me encuentro documentando los procesos de solidaridad, dignidad y resistencia que activan las personas en movilidad que habitan esta ciudad, dentro y fuera de albergues. Lo hago en un día en el que Donald Trump amenaza con lanzar ataques **“que pueden borrar una civilización completa”**. Ciertamente, esta amenaza nos llama a reflexionar, buscar y actuar desde nuestras posiciones y posibilidades para el desarme y la paz global.

En primer lugar, debemos pensar en cómo nos encontramos de nueva cuenta en este punto:

- Uno, en el que el derecho a la existencia y a la libre determinación de las naciones no parece importar.
- Dos, en el que el derecho a la vida es brutalmente negado a los “otros”, a aquellos que no son reconocidos como seres humanos por las potencias que inician las guerras, que, además, son sumamente desiguales.

La plataforma política de Donald Trump, “Make America Great Again”, que le permitió ser electo, y las múltiples declaraciones que ha hecho, ya como presidente, muestran que la agenda detrás de esta escalada de violencia es la de un colonialismo moderno, en el que las personas son divididas en función de la raza, la clase y la religión. Aquellas que no pertenecen al grupo dominante son categorizadas como seres humanos incompletos, por lo que deben ser tuteladas. Este discurso no es nuevo; lo que sí es nuevo, es la declaración abierta de que esta guerra librada contra países no occidentales tiene como propósito apropiarse de los recursos y territorios de los países atacados. Es decir, una declaración abierta de que el interés de las guerras es el aumento del capital, no el beneficio de los pueblos.

Una vez aclarada la raíz de esta escalada en el despliegue del repertorio bélico del imperio, queda entonces la pregunta: ¿Qué podemos hacer ante este escenario? Ciertamente, esta no es una respuesta fácil ni unidimensional. De hecho, se juega a varios niveles. En el más cercano, está la lucha de los pueblos, es decir, de las personas que en solidaridad día a día construyen relaciones horizontales donde se reproduce la amistad con los más vulnerables y el cuidado de la vida y de la casa común. Es en estos lugares donde se encuentra la reserva moral que ha permitido la movilización colectiva desde abajo, en socorro de los pueblos oprimidos como los palestinos. Estas movilizaciones han dado ejemplo y recordado el camino a aquellas naciones que han callado por miedo a represalias. El valor de estas expediciones muestra que el actuar depende no de las circunstancias, sino de los principios. La esperanza entonces se encuentra en la hermandad y organización de los de abajo ■



Nuestra mejor arma, es la vida en todos/as nuestro reto, desarmar el corazón

ROHOPER, Perú.

Un día, mientras regresaba a casa del trabajo, me embargó una profunda preocupación. Un grupo de cuatro jóvenes subió al bus para exigir apoyo económico a los pasajeros; dos se ubicaron estratégicamente en las puertas, mientras los otros dos caminaban de ida y vuelta con voz amedrentadora. «¡Señores, necesitamos que colaboren con nosotros; hoy hemos salido del penal y no tenemos ni un sol!», exclamaban. El pesado silencio del bus y el énfasis amenazante de sus palabras lograron que muchos colaboraran de inmediato por temor. Sin embargo, una señora permanecía inmóvil. Los que estábamos atrás mirábamos angustiados, temiendo una reacción violenta, pero grande fue nuestra sorpresa cuando ella, con una calma asombrosa, sacó los dos soles y se los entregó.

Aquel encuentro en el bus nos obliga a reflexionar: ¿en qué momento el miedo reemplazó al respeto? A veces parece que el mundo ha olvidado el verdadero significado del silencio y la armonía. El balance del reciente año 2025 nos dejó cifras que duelen profundamente: el gasto militar global subió a niveles nunca vistos, superando los \$2.5 billones. Pero para nosotros, en nuestras escuelas, hogares o calles, el “Desarme y la Paz Global” no puede ser solo un titular de noticias internacionales. Nuestra misión es: valorar la vida de cada persona que camina a nuestro lado, sin distinción.

La dignidad humana es el centro de todo. Debemos entender que cada sol que se gasta en una bala es un sol que les falta a nuestros niños para su alimentación o a nuestros jóvenes para concretar su proyecto de vida. Como hombres y mujeres de fe, no debemos quedarnos de brazos cruzados ante la indiferencia. El papa Francisco, en su encíclica *Fratelli Tutti*, nos advierte con total claridad: «La guerra es siempre un fracaso de la humanidad. No es solo un error político, es una derrota del corazón». La Doctrina Social de la Iglesia nos enseña que la verdadera paz no es la simple ausencia de conflicto, sino la presencia activa de la justicia.

Las cifras del 2025 son un llamado de atención urgente para todos. Para el presente año fiscal, el Congreso de la República del Perú asignó al sector Defensa un presupuesto aproximado de S/8,400 millones de soles. Ante este panorama, nuestra misión fundamental es comprender que el desarme no consiste únicamente en destruir fusiles; consiste, sobre todo, en “desarmar” el corazón del odio, la soberbia y el egoísmo, significa defender la vida en cada gesto. Desde nuestras familias y propias realidades, cada uno de nosotros debe ser el primero en decir: “No a la violencia, sí a la vida”. La paz no es un papel firmado en una oficina lejana; es el respeto y el cariño que le mostramos a nuestro prójimo cada día. ¡Seamos esos artesanos de paz que el Perú y el mundo tanto necesitan hoy! ■



¿Quién es ROHOPER?

(respeto, osadía, honradez, perseverancia, Valores que practica) es el seudónimo de: **Gregorio Carbonel Valdivia**, profesor de comunicación y religión en el colegio Luz Casanova de Lima (Perú)

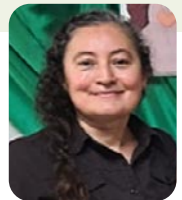




“La cultura de paz es una manera de vivir”

Hablar de cultura de paz no significa solo que “no haya violencia”, es crear condiciones sociales, educativas y políticas que fomenten el respeto, el diálogo y la dignidad humana. Hoy queremos escuchar a Patricia una mujer joven y comprometida con su comunidad al Oriente de San Salvador, que al igual que muchos salvadoreños siguen soñando con un país libre de violencia, pero consciente de que todo cambio comienza desde abajo.

Patricia Carmona, activista en el trabajo con jóvenes y adultos en una comunidad al occidente de San Salvador, inspirada por el trabajo pastoral y comunitario de San Romero y Luz Casanova.



▲ Cony Mejía, (ACJ).

Desde tu experiencia personal y el tipo de trabajo y la misión que realizas dentro de tu comunidad, ¿cómo definirías la cultura de paz?

Yo pienso que la cultura de paz es una manera de vivir que se alcanza a través de la puesta en marcha de diferentes iniciativas que propicien la convivencia sana, por medio de la práctica de valores como el respeto, la responsabilidad y la ayuda mutua.

¿Consideras que en el contexto actual de El Salvador se está construyendo una cultura de paz? ¿Por qué?

Creo que no, existe mucho bombardeo de ideas que incitan a la violencia, con estrategias inescrupulosas en todos los medios de comunicación, especialmente en las redes sociales que son más populares como el Facebook, lo que propicia el irrespeto por las ideas de la otra persona; hacen creer

que todo lo anterior fue malo, lo que lleva a desaparecer la memoria histórica; a calumniar e insultar al que da su opinión razonada, pero que no favorece al pudiente.

Hacen pensar que todos los cambios en la Constitución son válidos, aunque claramente solo favorecen a intereses partidarios; a presentar lugares “limpios y ordenados” despojando a los vendedores de la calle sin darles alternativas; presentando un plan de “seguridad” a costa de pérdidas de derechos.

¿Crees que la seguridad actual garantiza también respeto a los derechos humanos?

Creo que el respeto a los derechos humanos garantiza, ante todo, la integridad de la persona, acceso a la justicia, a la salud, educación, un trabajo digno, por mencionar algunos de los más básicos.



Hay tantos cambios en el sistema de salud que resultan en despidos masivos, cierre de centros de salud, sin que haya una explicación de qué acciones se tomarán al respecto, dejando en el aire tanto a los pacientes como a los trabajadores de esta cartera. Lo mismo sucede con la educación. Ha habido cambios que generan retrocesos, cierre de escuelas; despidos injustificados de docentes y una serie de anomalías y retrasos en los paquetes escolares.

En cuestión de justicia, no se tiene un debido proceso para cada caso, lo que lleva a irrespetar tiempos, procedimientos, produciendo desgaste emocional y económico. Todo eso trae como consecuencia la desintegración familiar, problemas económicos para las familias, ya que, además, de que ya no está la persona que contribuía a la economía familiar, ahora el resto de la familia debe sostener a la persona arrestada llevando los paquetes mensuales a los centros penitenciarios.

Pero de esto nadie puede expresar su opinión sin temor a las represalias, pues el terror que ejercían las pandillas ha sido sustituido por el terror que impone las fuerzas de seguridad.

¿Piensas que las políticas de seguridad actuales con la actual administración de B. están favoreciendo la construcción de una cultura de paz?

Desde mi experiencia veo que no. Librarse del terror de las pandillas no significa que se tengan que irrespetar los derechos fundamentales de las personas.

Los derechos humanos son la base para la cultura de paz. No se puede construir un estado de derecho desapareciendo un mal y provocando otros.

Como mujer creyente y comprometida con tu comunidad, ¿qué acciones concretas ayudarían a fortalecer la cultura de paz desde la realidad actual de El Salvador?

Pienso que se deben poner en marcha políticas que favorezcan a todos los sectores de la población:

Acceso a la salud; una educación que desarrolle el potencial de los jóvenes y los prepare para tener una vida de calidad y no solamente para un mercado que ofrece horarios excesivos y salarios bajos; fortalecer las universidades para que potencien la investigación y el desarrollo de tecnologías que contribuyan a conseguir una verdadera soberanía.

Fomentar el arte en todas sus expresiones, el deporte, ofrecer espacios de sano esparcimiento.

Tener un sistema de pensiones que sea sostenible y creado para asegurar la calidad de vida de las personas que ya aportaron su fuerza de trabajo y desarrollo al país.

En lugar de seguir con el régimen que ya no tiene razón de ser, utilizar ese dinero para fortalecer el sistema de justicia, creando además programas de prevención contra todo tipo de violencia y brindar atención a las personas que han sido víctimas del régimen, como por ejemplo servicios de atención psicológica y cuidados médicos.

Crear una unidad especializada para la búsqueda de personas desaparecidas que ofrezca asesoría y acompañamiento a los familiares; que atienda a las familias de las víctimas; que dé seguimiento a los casos de las fosas clandestinas; que brinde seguridad a las personas e instituciones que colaboran en la búsqueda; y ofrezca un sistema de justicia que aplique las sanciones correspondientes a los culpables, ya sea a particulares o instituciones ■

Esperanza en brújula: inspiraciones sobre seguridad

▲ Koldobi Velasco Vázquez.

**“No vuela quien tiene alas,
sino quien tiene un cielo”**

(De un fragmento del poema “La isla” de Elvira Sastre)

Cuando normalizamos la barbarie, la cárcel se hace más invisible, estrecha, infiltrada y se permea en toda nuestra existencia...

Cuando normalizamos las fronteras en guerra, la defensa de las patrias, las desigualdades e injusticias, la preparación permanente de las guerras y los genocidios, en este negocio cruel que todo lo maquilla...

Cuando normalizamos que las élites, los más ricos, “acumulan por desposesión” de las mayorías, es decir roban sin entraña lo de todas/os para ellos en exclusiva...

Cuando normalizamos que la violencia es la única lógica para resolver conflictos, y la militarización de nuestras vidas es hábito que marca lo que da respiro...

Cuando normalizamos que los ejércitos hagan tareas diferentes de las que en esencia son, para legitimar su existencia e ir incorporando en el paisaje sus colores que hipnotizan las pantallas en cada ojo...

Cuando normalizamos los ensayos de guerra y demás crímenes contra la humanidad y el resto de la naturaleza en nuestros territorios de vida...

Cuando normalizamos el control social como necesidad para salvarnos de los otros y nos alejamos del nosotros...

Cuando normalizamos que no hay otra manera de funcionar, ni de relacionarnos que no sea jerárquica, machista, racista, colonial...

Cuando normalizamos que hay vidas que importan y otras que no, como si de una selección natural se tratara...

Cuando normalizamos la desmemoria, los “duelos congelados” de generación en generación y no sanamos heridas porque ya no las vemos, ni sentimos, ni oímos, ni tocamos...

Cuando normalizamos que se desregule todo lo público, lo común, lo de todas, a costa de construir muros más grandes, beneficios de empresas infinitos a costa de todas...

Cuando normalizamos que el ecocidio y el homicidio es la deuda a pagar para progresar dejando a todas atrás...

Cuando normalizamos nuestras rupturas, fragmentaciones y buscamos culpables en las que llegan los últimos a nuestros barrios y pueblos.

Cuando normalizamos la desmoralización, la desesperanza y nuestras constantes ya no son tan vitales...

Cuando normalizamos que el “sálvese quien pueda” es tendencia y moda y lo comunitario cuestión de nostalgias desfasadas y fuera de tiempo...

Cuando normalizamos la muerte, el hambre como arma que mata a la humanidad, las torturas, las represiones, las cárceles, y el daño como única respuesta en el ejercicio del poder...



Puedes leer la noticia completa en:

<https://apostolicascj.org/esperanza-en-brujula-inspiraciones-sobre-seguridad/>